

Big Man

Mariló Flores Felipe

¡Qué cosas pasan! Realmente nunca pensé que soñaría contigo... ¿Ha sido un sueño, verdad?

Claro, llevaban todo el día machacando en la radio que era el segundo aniversario de tu muerte, hasta en un informativo de la tele hablaban de ti. Es normal: eres el más grande. Y lo de “eres” lo pongo en presente porque lo sigues siendo. No importan los años que lleves muerto, ni que haya alguno tan bueno como tú: siempre serás el mejor.

Ah, sí, perdona, que me embeleso alabándote y no te cuento lo del sueño. Pues, como decía el poeta: “A las cinco eran las cinco, cuando hace la calor”, pero las cinco de la madrugada cuando ya, vencidos los párpados, me he tenido que ir a la cama. ¡Anda, mira! Ahora, contándotelo a ti, acabo de darme cuenta que cuando me voy a la cama no es porque realmente tenga sueño, es porque ya me duelen los ojos (“ay, que me duelen los ojos de tanto fijarme pa ver si te veo pasar por delante de mi mancebía...” Ja, ja, ja...qué chorrada me acaba de salir, parece una copla mala de La Piquer) Supongo que ya gasté el cupo de horas de sueño para toda mi vida durante aquellos años en los que me tenían durmiendo o metida en una habitación acolchada. Pero eso es otra historia y no tiene que ver contigo.

La verdad es que, ahora que intento contártelo no me sale porque no consigo recordar cómo ha empezado la cosa. No soy consciente de haberme dormido ni por un instante. Me he puesto el pijama, me he lavado los dientes, bueno, he hecho las cosas normales que hago cuando me voy a la cama, cada uno tendrá sus cosas normales que hacer. Tenía los pies helados y he buscado unos calcetines. Vuelta a la derecha, vuelta a la izquierda, panza arriba, panza abajo, derecha, izquierda... Nada, no me duermo, voy a fumarme un cigarro a ver... Me he levantado y, a oscuras, como hago siempre, he ido al sofá y ¡tachán!: ¡Había alguien sentado...! ¡Cómo para no notarte, con lo grande que eres! Y, en vez de caer fulminada cual si rayo celestial me hubiese barrido, o sea, que en vez de morirme allí mismo de un infarto masivo, que habría sido lo normal (y más en una seguidora de Iker Jiménez como yo), me he sentado a tu lado, te he dicho hola y te he ofrecido un cigarro. No sé a ti, pero a mí no me parece muy normal... Y tampoco me parece normal haberte entendido perfectamente cuando me has dicho: - ¡Hola! Llevo un rato esperándote; ni podías llevar mucho rato, ni yo hablo inglés.

Y, ahora, empiezo a tener la duda de si es necesario que te cuente el resto o ya lo sabes, porque, claro, tú también estabas, ¿o no?

Bueno, sigo por si acaso no estabas, o no te acuerdas. Podía haberte preguntado si eso de aparecerte lo haces a menudo y si eres consciente de que lo haces. A lo mejor, tú simplemente estás muerto y no te enteras de tus apariciones triunfales en sofás ajenos... O lo haces a propósito para que sepamos que estás ahí y necesitas algo de nosotros... Pero, claro, qué tontería, qué va a necesitar de mí, pobre mortal, un semidiós del Olimpo del Rock. Que por muy muerto que estés, acudirías a tus conocidos antes que a una simple fan, digo yo. El caso es que no te he preguntado nada del otro lado y nada me has explicado; no importa, estoy segura que antes o después lo averiguaré por mí misma.

Ha sido fantástico escucharte. Y ver tus ojos cuando me contabas tus viajes, y los conciertos ¡Ay, te has iluminado hablando de los conciertos! Pero iluminado de verdad, que no es una licencia poética, que he mirado hacia la lámpara pensando que se había encendido sola. Pero eras tú, en toda tu enormidad, el que resplandecía.

—¿Te imaginas un estadio lleno de gente rugiéndote en las narices porque tu música, tu vida, les hace sacar sus emociones de la coraza? Es la vida lo que das, y es la vida lo que te devuelven los que están allí contigo. Y te creces, pero por dentro. Y sientes que ni Dios es mejor que ellos y tú cuando os juntáis, cuando se juntan sus voces y tu saxofón. Si Dios no se embelesase también sería un imbécil.

Y has seguido hablando y hablando y hablando y emocionándote, ¡iluminándote! Nos hemos fumado un paquete y medio de tabaco y nos hemos bebido una botella de Jack Daniel's. Confío en que estuvieses aquí y lo hayamos hecho entre los dos, porque si no, en cinco minutos voy a sufrir un coma etílico y mañana a estas horas seré yo la que se te aparezca a ti. Y, no sé si porque ya habías hecho lo que tenías que hacer en mi sofá o porque se ha acabado el amigo Jack, ¡tachán!, ya no estabas... "Y yo aquí con mi flor como un gilipollas, madre, y yo aquí con mi flor como un gilipooollas", que diría Krahe. Por más que he mirado debajo del sofá y detrás de las cortinas nada, no estabas. Me he puesto los vasos a modo de gafas y tampoco, ya no estabas.

Vengo del baño, he conseguido llegar tras varios encontronazos con un sillón que veo por primera vez en mi vida y varios rebotes en las paredes del pasillo. He llegado al lavabo trazando una parábola perfecta tras el choque de mi hombro con el marco de la puerta. Ahora, después de tener un rato la cabeza bajo el agua, he vuelto al sofá sin mayores incidentes. Y aquí estoy, sentada, fumándome el último cigarro que me queda y tratando de averiguar qué puñetas ha pasado...

Nunca he creído que eso de las apariciones de los muertos fuese posible y, en caso de ser verdad, lo harían con algún motivo ¿no? Y, de repente, va y se me aparece, ¡a mí!, el mayor saxofonista de la historia del Rock, me cuenta su vida, tan emocionado como un niño que, al

abrir una caja de regalo, encuentra un cachorrito mirándolo, y se va igual que había venido (que no puedo contar cómo porque no lo sé). No me has dado ningún consejo, no me has sermoneado por la vida que llevo, no me has advertido de nada, ni bueno ni malo.... ¿A qué has venido? Entiéndeme, que no te estoy echando la bronca, que me ha encantado conocerte y puedes volver cuando quieras es, simplemente, que no le encuentro sentido y estoy desconcertada.

Ahora, entre el humo de la última calada y los vapores etílicos, me doy cuenta que tengo una sonrisa tatuada en mis labios. Me ha emocionado tanto tu emoción, me ha iluminado tanto tu resplandor que me estoy dando cuenta de que ese era tu propósito: demostrarme que teniendo una buena vida es posible tener una buena muerte. ¿Cómo es posible ser tan feliz allá? Está claro: porque tuviste tus buenos momentos aquí. Son ellos los que te harán resplandecer toda la eternidad ¿verdad?

Sigo sin entender por qué me has escogido a mí y sin saber si lo he soñado todo o has sido real, pero te aseguro que este será uno de los momentos que me harán resplandecer en mi más allá, y el que contaré con más emoción cuando aparezca en un sofá cualquiera.

Gracias Clarence.